

Hacia el futuro en libertad.
**Conmemoraciones postales del golpe de
Estado en Chile.**

Luis S. Reyes Konings.
luisreyesk@hotmail.com

Luis Reyes es profesor de Estado en Historia, Geografía y Educación Cívica titulado en la Universidad de La Frontera de la ciudad de Temuco. Actualmente está cursando el Magíster en Historia y Ciencias Sociales en la universidad ARCIS. Entre sus publicaciones destaca: “Una reflexión en torno al significado de la Democracia en el proceso de formación del Estado en la Historia de Chile”, artículo publicado en la Revista Digital de Estudios Históricos del Centro de Documentación Histórica del Río de la Plata; y “La conferencia de Bretton Woods. Estados Unidos y el Dólar como centro de la economía mundial”, publicado en la Revista de Historia, Arte y Ciencias Sociales de la Universidad de Los Andes, Venezuela.

Resumen.

El autor presenta un análisis iconográfico de las emisiones postales conmemorativas del golpe de Estado de 1973 como una manera de aproximarse al estudio del discurso público emitido por las autoridades de las décadas de 1970 y 1980, y que corresponden a un rescate del patrimonio visual e inmaterial de nuestro país.

Palabras clave: estampilla, iconografía, discurso, gobierno, golpe de Estado

Presentación.

Como una manera de traer a la memoria y rescatar el patrimonio inmaterial y discursivo de nuestra (aún llamada) “historia reciente”, las páginas que siguen tienen por objetivo principal el desarrollo de un análisis de los discursos iconográficos presentados en sus emisiones postales por el gobierno militar iniciado en 1973, con ocasión de los sucesivos aniversarios del golpe de Estado del 11 de septiembre.

Nos motiva la convicción que la incorporación de fuentes históricas no tradicionales nos podrá ayudar a enriquecer no sólo nuestro conocimiento del pasado y sus problemas, sino también nuestro método de estudio y acercamiento hacia él.

Nueva Historia - Nuevas Fuentes – Fuentes Visuales.

Considerando que este trabajo probablemente presenta un carácter alto de innovación en cuanto a su método, creemos que es posible inscribirlo dentro del marco conceptual de la Nueva Historia, que se ha definido por varias características particulares tanto de la naturaleza de su contenido como de las herramientas de su trabajo, y casi siempre, en un claro y definido opuesto o contraste con la llamada historia tradicional.

Resulta importante, por lo tanto, señalar brevemente algunos de los conceptos básicos que guían y orientan el devenir de esta “nueva historia”, a modo de justificar la inclusión de este trabajo en este marco conceptual y éste intento de consideración y valoración de

las estampillas como fuente de información, en tanto documento histórico, dentro de sus métodos.

Debemos recordar a Marc Bloch como uno de los puntos más altos en este esfuerzo, por apartar la ciencia histórica de sus ámbitos, objetos y fuentes tradicionales. La verdad es que *Annales*, la revista fundada en 1929 por Marc Bloch y Lucien Febvre, es para un amplio espectro de la opinión especializada el hito más importante asociado a la concepción de la “nueva historia”.

Sin embargo, hoy se reconoce que aunque es imposible negar la importancia de este acontecimiento, la actual concepción de la ciencia histórica debe su naturaleza a un proceso mucho más amplio, profundo y anterior, donde actúan muchos más actores que los dos destacados historiadores mencionados. En la obertura de *Formas de hacer historia*, Peter Burke desarrolla variados antecedentes que fundamentan esta idea, repasando una serie de intentos, anteriores a la aparición de *Annales*, de desarrollar un conocimiento histórico distinto del tradicional¹.

Sostenemos que es este el marco conceptual y metodológico, el de la nueva historia, en el que se puede incorporar este trabajo y adquiere sentido como tal, toda vez que se analizan y someten a juicio fuentes no tradicionales, en un método de estudio que se presenta más amplio que el trabajo de investigación histórica tradicional, que

¹Burke, Peter. “Obertura: La nueva historia, su pasado y su futuro”, en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, 2003, 20 y ss.

posee además un carácter que podemos calificar de interdisciplinario, incorporando elementos de la semiología y el análisis crítico del discurso, y finalmente, porque su formulación se adscribe a una actitud de inquietud frente a la historia, actitud definida por el deseo de plantearse nuevos problemas y preguntas de investigación, así como nuevos métodos y técnicas para su consecución².

Se podría objetar, presumiblemente con razón, que, por la naturaleza de las fuentes que se pretenden validar en este trabajo, finalmente llegaremos a desarrollar una “historia tradicional”, en el sentido de ser esta una historia política, inscrita en una temporalidad ya trabajada muchas veces y que pone su acento en el “discurso oficial”, el cual ha tenido tradicionalmente un lugar privilegiado y protagónico en los trabajos de investigación histórica.

Sin embargo, desde nuestra perspectiva, y considerando, fundamentalmente, el valor de la ampliación de la variedad de los documentos de testimonios históricos, por consiguiente, el enriquecimiento del trabajo de tratamiento, que dichos documentos exigen al investigador, además de la inquietud manifiesta por plantear nuevos problemas y nuevas rutas de investigación histórica, son motivos suficientes para justificar éste estudio.

²Importante es no pasar por alto que la historia, como ciencia social, evoluciona y se transforma en función de los cambios y acontecimientos que afectan a la sociedad en su conjunto. Así, no es difícil encontrar la relación entre procesos sociales profundos, como el creciente relativismo cultural o las tendencias feministas o medioambientales, y las transformaciones que han llevado, en último término, a este nuevo paradigma de la ciencia histórica.

Es importante señalar además, que tenemos la convicción que una historia “política”, que refleje el “discurso oficial” del Estado en el transcurso de un determinado período de tiempo, o que corresponda a cualquiera de los puntos señalados anteriormente como historia “tradicional”, no tiene por qué ser, efectivamente, historia tradicional, siempre que se desarrolle un enfoque, trabajo y tratamiento de fuentes, interpretación, etcétera, no tradicional. Del mismo modo, podemos agregar que el sólo hecho de que un trabajo de investigación histórica no sea de carácter político, que trate los problemas históricos “desde abajo”, etcétera, no lo convierte instantáneamente en “no tradicional”, si el trabajo mismo, en su naturaleza y características esenciales, no está desarrollado, efectivamente, de manera “no tradicional”.

De esta manera, creemos que este trabajo se orienta a llenar vacíos importantes de los trabajos de investigación históricos, y además, se está en la convicción de que el trabajo con estas fuentes, no convencionales, no tiene razón alguna para llegar a resultados idénticos (en su naturaleza) que en caso que se utilicen fuentes documentales escritas (tradicionales), aún cuando el marco de referencia general sea el mismo (la historia política). Esto fundamentado en la diferente naturaleza del texto en sí y su mensaje, en la particularidad de su objetivo como tal, y en las consecuencias teóricas y procedimentales que su tratamiento implica.

Nos parece, en definitiva, que éste se presenta como un trabajo complementario al de investigación histórica tradicional, que puede, reiteramos, enriquecer tanto nuestro conocimiento del pasado, como

nuestro método y trabajo para su estudio. En cualquier caso, estos puntos representan problemas que esperamos desarrollar y solucionar en el curso de estas páginas.

Imágenes visuales: algunos problemas fundamentales.

Debido a que nuestro objeto de estudio, las estampillas, son un documento que basa su poder informativo principalmente, más no exclusivamente, en las imágenes visuales que nos presentan, debemos, como primer punto, tomarnos un espacio para señalar algunas ideas principales respecto de la naturaleza de las imágenes visuales, sus valores y funciones, y el tratamiento que reciben, en función de la utilidad y conveniencia que nos prestarán estas consideraciones para construir nuestro posterior marco de análisis.

Las imágenes visuales han sido un elemento de primera importancia para el hombre desde tiempos muy remotos. Raymond Colle, en este sentido, ha llegado a afirmar que la dimensión visual es preponderante en el conocimiento humano³. Ya desde las primeras pinturas rupestres y siguiendo por las diferentes culturas de las distintas épocas históricas, siempre ha quedado de manifiesto el protagonismo que el hombre ha otorgado a la vista y las imágenes.

Román Gubern, en su obra “La mirada opulenta”, ha señalado que: “El ser humano es primordialmente un animal visual”, y fundamenta

³Colle, Raymond. *Iniciación al lenguaje de la imagen*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile., 1998, 15.

su afirmación mediante un recuento de numerosos mitos, creencias y leyendas, de diferentes culturas y épocas, en los que se pone de manifiesto la importancia de la visión y las imágenes para el ser humano⁴. Podemos señalar con certeza, que este proceso ha seguido una evolución continua y creciente a través de la historia, y es quizás en nuestra época, cuando esta evolución ha encontrado uno de sus momentos más significativos.

Donis Dondis, por su parte, apunta a lo mismo al señalar que “en la conducta humana no es difícil detectar una propensión a la información visual”, y explica: “Casi desde nuestra primera experiencia del mundo organizamos nuestras exigencias y nuestros placeres, nuestras preferencias y nuestros temores, dentro de una intensa dependencia respecto de lo que vemos”⁵.

Ahora bien, en este punto nos encontramos con una aparente dicotomía, en el sentido que al mismo tiempo en que parece evidente la importancia de las imágenes y el lenguaje visual para el hombre, hallamos, de igual forma, una escasa preparación y competencias técnicas (por lo menos en nuestra disciplina, pero no exclusivamente en ella) para “leer” o comprender, efectiva y eficazmente, este código del lenguaje. En este hecho pueden influir muchos factores, entre los que

⁴Gubern, Román. *La mirada opulenta. Exploración de la iconósfera contemporánea*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1987, 1 y ss.

⁵Dondis, Donis. *La sintaxis de la imagen. Introducción al alfabeto visual*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1976, 13-14.

sin duda cuenta la tradición de la práctica del trabajo de investigación histórica.

El trabajo “tradicional” de investigación de los historiadores está profundamente asociado al trabajo de “documentos y archivos” (escritos). No es necesario detenernos a fundamentar una realidad claramente percibida por prácticamente todos quienes practican esta disciplina. En este sentido, son ilustrativas las palabras de Peter Burke, cuando señala que:

“son relativamente pocos los historiadores que consultan los archivos fotográficos, comparados con los que trabajan en los depósitos de documentos manuscritos o impresos. Son relativamente pocas las revistas de historia que contienen ilustraciones, y cuando las tienen, son relativamente pocos los autores que aprovechan la oportunidad que se les brinda. Cuando utilizan imágenes, los historiadores suelen tratarlas como simples ilustraciones, reproduciéndolas en sus libros sin el mayor comentario. En los casos en los que las imágenes se analizan en el texto, su testimonio suele utilizarse para ilustrar las conclusiones a las que el autor ya ha llegado por otros medios, y no para dar nuevas respuestas o plantear nuevas cuestiones”⁶.

Señalamos esta poca preparación para “leer” las imágenes, pues creemos que este acto se debe desarrollar de manera amplia y profunda. El sentido común nos podría llevar a sostener que todos, espontánea e innatamente, estamos preparados para efectuar esta lectura, pues, a

⁶Burke, Peter. *Visto y no visto, el uso de la imagen como documento histórico*, Madrid, Crítica, 2001,12.

decir de Raymond Colle, “aunque no hayamos aprendido a ‘decodificar’ los mensajes visuales, somos capaces de hacerlo”⁷.

Sin embargo, y tal como señala el autor recién citado, “nombrar los objetos visibles no agota la representación”. Se debe ir más allá, las imágenes se deben analizar sobrepasando los umbrales de esta identificación espontánea o “natural”, y explica: “Porque si bien la facultad de reconocimiento de los objetos es innata, la correcta interpretación de la situación corresponde a otro nivel y requiere aprendizaje”. Finalmente, concluye que “un ‘receptor crítico’ no puede quedar satisfecho si no es capaz de sacar a la luz lo más exhaustivamente posible el mensaje que observa”⁸.

La gran mayoría de quienes se preocupan por estudiar seriamente los fenómenos visuales coinciden en las afirmaciones recién señaladas. Donis Dondis, por ejemplo, nos señala, respecto del acto de ver, que “lo aceptamos sin darnos cuenta de que puede perfeccionarse el proceso básico de observación y ampliarse hasta convertirlo en una herramienta incomparable de la comunicación humana. Aceptamos el ver como lo experimentamos: sin esfuerzo”. Y más adelante coincide con Raymond Colle al poner en claro que “la visión incluye algo más que el hecho físico de ver o de que se nos muestre algo”. Finalmente, y refiriéndose a lo que Colle definió como “receptor crítico”, agrega: “El visionario no se detiene ante lo evidente; ve más allá de la superficie

⁷Colle, *Op. Cit.*, 13.

⁸*Op. Cit.*, 14.

de los hechos visuales, llegando a reinos mucho más vastos de significado”⁹.

Por lo tanto, podemos concluir, tal como lo señala el connotado historiador del arte Ernst Gombrich, que “por automática que pueda ser nuestra primera respuesta a una imagen, su lectura real nunca puede ser una cuestión pasiva”¹⁰. En definitiva, creemos que es este tipo de lectura de imágenes el que presenta mayores complicaciones y desafíos, y precisamente, para el que estamos menos preparados.

Referido a lo mismo, Ivan Gaskell da inicio a un artículo titulado “Historia visual” con las siguientes palabras: “Aunque el material de fuentes utilizado por los historiadores es de muchos tipos, su preparación les lleva, por lo general, a sentirse mucho más cómodos con los documentos escritos”¹¹.

Adicionalmente, otro factor que puede contribuir a mantener alejado el lenguaje de las imágenes del trabajo de investigación histórica, es la tendencia en ciertos grupos intelectuales de considerar que el lenguaje de las imágenes se encuentra en un declarado antagonismo con otros tipos de lenguaje, el que estaría fundamentado supuestamente, por una exclusión de roles.

Este argumento, ha sido señalado por Christian Metz de la siguiente manera:

⁹Dondis, *Op. Cit.*, 13 – 14, 20, 84.

¹⁰Gombrich, Ernst. *La imagen y el ojo. Nuevos estudios sobre la psicología de la representación pictórica*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, 133.

¹¹Gaskell, Ivan. “Historia visual”, en Peter Burke, *Op. Cit.*, 221.

“En torno de nosotros (...) se perfila una sucesión de reflexiones, impresiones, observaciones, reflejos (...) que impulsa obstinadamente a establecer entre el ‘lenguaje de las imágenes y el ‘lenguaje de las palabras’ una infranqueable línea de demarcación cuyo trazado dejaría sin ubicación a las formas intermedias, así como a las inclusiones recíprocas”.

Más adelante, fundamenta lo injustificado de estas posturas señalando: “La ‘imagen’ no constituye un imperio autónomo y cerrado, un mundo clausurado sin comunicación con lo que la rodea. Las imágenes –como las palabras, como todo lo demás– no podrían evitar ser ‘capturadas’ en los juegos del sentido, en los múltiples movimientos que vienen a regular la significación en el interior de las sociedades”¹².

De cualquier manera, y por equívocos que pudieran ser los planteamientos que defienden la idea de la dicotomía “imagen / palabra”, de ella se desprende un elemento adicional que juega en contra de situar el lenguaje visual en un puesto, sino protagónico, al menos equivalente con otras formas de lenguaje. Y es que en esta dicotomía (irreal por lo demás), además de considerar al lenguaje de las imágenes como antagónico al lenguaje escrito, lo considera, al mismo tiempo, situado en un nivel jerárquico inferior, de subordinación.

Donis Dondis señala que se desarrolló un proceso de paulatina y creciente marginación del lenguaje visual en la sociedad, orientándolo exclusivamente hacia los espacios del arte. En sus palabras explica:

¹²Metz, Christian. “Más allá de la analogía, la imagen”. En Metz, Christian y otros, *Análisis de las imágenes*, Ediciones Buenos Aires. Barcelona, España. 1970. pp 11 – 12.

“Mientras la información se almacenó y distribuyó fundamentalmente en el lenguaje y la sociedad consideró al artista como el único individuo capaz de comunicarse visualmente, la alfabetidad verbal universal se convirtió en esencial y la inteligencia visual ignorada en gran parte”¹³.

Román Gubern se refiere a este tema en los siguientes términos: “Nuestra sociedad logocéntrica ha establecido que mientras la agrafia verbal (o analfabetismo) es considerada aberrante y descalificadora para sus ciudadanos, la agrafia icónica es tolerada con benevolencia”¹⁴. Más adelante, el mismo autor señala:

“Ha sido precisamente nuestra cultura logocéntrica la que ha inventado ese producto llamado libro ilustrado, que ilustra antes que nada acerca de la subordinación de la imagen icónica al texto escrito, como su humilde servidora”, y desarrollando esta idea nos explica: “La práctica de colocar una frase, generalmente redundante, debajo de la ilustración de un libro de narrativa, suponía una birrepresentación, pues añadía a un texto narrativo una iconización del mismo episodio de la acción narrada”¹⁵.

Concluyendo, la importancia de los mensajes visuales en la sociedad, sobre todo hoy en día, pareciera ser un hecho innegable y, si se permite el concepto, objetivo. Frente a esto, adquiere una mayor importancia el esfuerzo por superar la denominada “agrafia visual”.

¹³Dondis, *Op. Cit.*, 30.

¹⁴Gubern, *Op. Cit.*, 46.

¹⁵*Op. Cit.*, 54-55.

El historiador del arte que ya hemos mencionado, Ernst Gombrich, al estudiar el papel de la imagen visual en la comunicación, señalaba: “La nuestra es una época visual. Se nos bombardea con imágenes de la mañana a la noche”; y en el párrafo siguiente agregaba y concluía: “No es de extrañar que se haya dicho que estamos entrando en una época histórica en que la imagen se impondrá a la palabra escrita. Dada esta afirmación, es de la máxima importancia aclarar las posibilidades de la imagen en la comunicación, preguntarse qué puede y qué no puede hacer mejor que el lenguaje hablado o escrito”¹⁶.

Ahora, es importante considerar que las estampillas, a pesar de presentarse como un documento que descansa, principalmente, en su dimensión visual, en las imágenes que nos presentan, también contienen texto escrito o lenguaje verbal. Por lo tanto, y para no entramparnos en las ideas antes expuestas, y que pareciera ser el interés del autor que hemos citado, se nos presenta más útil y conveniente plantear la cuestión acerca del valor de las imágenes en función del texto que las acompaña, y qué relaciones existen o establecen estos dos ámbitos.

En definitiva, debemos preguntarnos cómo funciona el lenguaje (en el sentido amplio del concepto) en las estampillas, situación que esperamos esclarecer en la aplicación de nuestro método de análisis llevado a cabo en las páginas que siguen.

¹⁶Gombrich, *La imagen.... Op. Cit.*, 129.

El golpe militar: una propuesta de contexto histórico.

Como páginas introductorias, hemos decidido centrar nuestra atención en las características del contexto en el que se llevó a cabo el golpe de Estado así como el ideario y discurso que las Fuerzas Armadas promovieron desde su gobierno, para acercarnos a la ideología detrás de las estampillas que hemos considerado como representativas de este período.

Para comenzar, señalemos que Luis Vitale inscribía el ascenso al poder de la Unidad Popular y Salvador Allende dentro de un proceso de características más globales, que denominó como fase de “*Regionalización pre-revolucionaria*”. Asimismo, el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 se inscribiría en un proceso similar, de ofensiva contra el anterior, que ha denominado como la “*Regionalización de la contrarrevolución*”. De esta forma, los golpes de Estado ocurridos en Bolivia (1971), en Uruguay (junio de 1973), en Chile (septiembre de 1973) y en Argentina (1976), conformarían un solo proceso de características generales, donde cada caso particular mostraría singularidades propias, pero como parte integrante de un marco global de carácter más amplio¹⁷. Los antecedentes de este proceso debemos buscarlos:

“hacia mediados de la década de 1960 a raíz de la implementación de la política de Seguridad Nacional, inspirada por el Departamento de Estado norteamericano. Esta política cambió las funciones tradicionales de las Fuerzas Armadas latinoameri-

¹⁷Luis Vitale (et. all.), *Para recuperar la memoria histórica. Frei, Allende y Pinochet*, Santiago, Cesoc, 1999, 241.

canas que, de garantes de la Seguridad Exterior y defensoras de la integridad territorial de cada nación, se transformaron en garantía de Seguridad Interior (...) basadas en la novísima concepción de que el enemigo está en el interior de cada país”¹⁸.

Para el caso de Chile, esta nueva función o rol atribuido a las Fuerzas Armadas resultaban, sino una novedad, una alternativa poco considerada o probable de llevar a cabo, basados (o quizás “cegados”) en la idea, tantas veces difundida, de la “tradicción democrática” de nuestro país. A este hecho, debemos agregar que desde comenzada la década del ‘30 y hasta, por lo menos el año 1970, los gobiernos chilenos “habían carecido de una política especial frente a las Fuerzas Armadas, en la confianza de que, luego de los intentos frustrados de gobernar el país que protagonizaron varias veces entre 1924 y 1932, ellas se habían resignado para siempre en una función ‘profesional’ y de completa subordinación al poder civil”¹⁹.

En efecto, por lo menos hasta la primera mitad de la década del sesenta:

“se tenía la convicción, quizás en buena proporción exacta, de que las Fuerzas Armadas no estaban en ningún caso en condiciones, por absoluta falta de preparación en los terrenos económico-financiero, administrativo y otros, de gobernar el país y hacerse cargo de sus problemas, y que ellas lo sabían; esto bastaría, según los políticos, para inducirlos a abstenerse de aspirar a otro papel que el estrictamente ‘profesional’ ”²⁰.

¹⁸*Op. Cit.*, 239.

¹⁹Uribe, Armando y Chirstián Opazo, *Intervención norteamericana en Chile (dos textos claves)*, Santiago, Sudamericana, 2001, 60.

²⁰*Op. Cit.*, 61.

Sin embargo, en el contexto latinoamericano, la clase política tradicional “viendo la debilidad de sus propios partidos para superar la crisis política, decidió en la mayoría de los países delegar el poder en las Fuerzas Armadas. De ‘facto’, los partidos fueron suplantados por los militares (...)”²¹. Chile, en este caso, no resultó un caso “excepcional” dentro del contexto en el que se inscribe.

No es nuestro objetivo aquí detenernos en las causas, de corto, mediano y largo alcance, que hicieron estallar el golpe de Estado del 11 de septiembre. En vistas de nuestros objetivos, nos interesa más bien otro elemento respecto de esta controvertida fecha. Éste se refiere a que el 11 de septiembre “expresó con nitidez un fenómeno clave: la participación de las Fuerzas Armadas, como Institución, en el golpe y en el poder, en la administración total de las funciones del Estado”. En consecuencia, el gobierno que se constituyó en Chile a raíz del golpe, no fue el gobierno de Pinochet, ni de la Junta. Fue el gobierno de las Fuerzas Armadas como institución²². La Junta surgida en 1973:

“expresó inequívocamente que el poder residía en las Fuerzas Armadas como Institución, al estar integrada por los Comandantes en Jefe del Ejército, Augusto Pinochet; de la Marina, José Toribio Medina; de la Aviación, Gustavo Leigh, y el Director de Carabineros, César Mendoza (...) El Decreto Ley N° 128 del 12 – 11 – 1973 estableció que la Junta asumía todas las funciones de los poderes Legislativo y Ejecutivo y, en consecuencia, el poder constituyente que a ellos corresponde”²³.

²¹ Vitale, *Op. Cit.*, 240.

²² *Op. Cit.*, 241.

²³ *Op. Cit.*, 242-243.

En efecto, la primera emisión postal propia de las Fuerzas Armadas (antes había emitido sólo un sello, en condición de sobrecargado), una vez asumido el poder, fue un “Homenaje a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile”, en 1974.

La liberación nacional: aniversarios.

El 11 de septiembre de 1973 es una fecha de particular relevancia en la historia de Chile del siglo XX, pues marca uno de aquellos hitos frente a los cuales es difícil no mostrar interés. Generalmente, aquel interés va acompañado de juicios y calificativos, análisis y observaciones de carácter personal. Así, de acuerdo a la postura o el criterio de cada persona, esta fecha va adquiriendo matices y colores diferentes, que tiñen no sólo aquel hito, sino que inmediatamente se expanden al período inmediatamente anterior y posterior.

Pues bien, el gobierno de las Fuerzas Armadas no fue una excepción, y respecto de lo que es ahora nuestro interés, sus emisiones postales fueron una instancia donde hizo público un juicio acerca del 11 de septiembre, con lo cual también lo hizo respecto del gobierno de la Unidad Popular y, por supuesto, respecto de su propio gobierno.

No todos los 11 de septiembre transcurridos entre 1974 y 1989 fueron celebrados a través de emisiones postales, pero los que sí lo fueron son una fuente valiosa y un testimonio fehaciente del imaginario ideológico promovido por las Fuerzas Armadas durante el período en que ejercieron el poder del Estado.

La primera serie emitida con motivo del aniversario del ascenso al poder de las Fuerzas Armadas tuvo ocasión para el año 1976. El título de la serie fue *Tercer Aniversario del Gobierno Militar*.

Su fecha exacta de emisión fue el 11 de septiembre de 1976. La tirada total de la serie alcanzó a 1.099.800 sellos, emitiéndose 366.600 estampillas de cada tipo. Sus dimensiones, iguales para los tres casos, corresponden a 35 x 44 mm.



La trilogía de significados, expresados en estas tres estampillas, se nos presenta cargada de simbolismos, recurriendo a una amplia serie de imágenes con significado propio, que han sido utilizadas para reforzar el contenido visual de estos sellos.

En primer lugar, a priori se nos presenta como extraño, por lo menos, el que se decida recurrir a la figura de un “araucano” para conmemorar el golpe de Estado de 1973. Éste, con todo lo que se lo ha estudiado y con las distintas aristas de interpretación que se pueden adoptar para enfrentarlo, no representa, en sí mismo, un hecho histórico de carácter étnico. No fue un conflicto con los grupos indígenas de nuestro país, y su participación en aquel (si la hubo) no ha sido destacada como un factor relevante por quienes han estudiado el problema.

En consecuencia, cabe preguntarnos cuál es el motivo de asociar a los “araucanos” con el golpe de Estado de 1973. La respuesta a esta interrogante pareciera dárnosla la misma estampilla, en ciertas claves que lleva incorporada, y que nos ayudan a descubrir este significado.

Señalemos también que el “araucano” que se presenta en este sello posee características muy particulares: es un guerrero, un estratega, Lautaro. En este sello no se quiere destacar su cultura ni tradiciones propias de los grupos indígenas, ni su religiosidad ni sus fiestas. Sólo vemos al “araucano” sobre un caballo, con la lanza en la mano, listo y preparado para el combate. Tengamos presente que el hecho que se presente a algún personaje sobre un caballo responde a una estrategia de mostrar algún tipo de liderazgo, en este caso guerrero.

El texto que acompaña la imagen “Arauco nunca sometido” refuerza la idea que lo que se quiere destacar, en este caso en directa alusión al pueblo mapuche, es su capacidad guerrera y de resistencia bélica. En este caso, de una “guerra por la libertad”²⁴.

Ahora, resulta además significativo que los “araucanos” fueron comúnmente célebres gracias a la difundida idea que resistieron el ataque de los conquistadores españoles por un período de trescientos años, dentro de los mitos de la llamada “Guerra de Arauco”, siendo el único pueblo indígena americano que lograría tal hazaña.

²⁴Los personajes que llevan un gorro rojo en su cabeza suelen representar simbólicamente a la “Libertad”. Peter Burke, *Visto y no visto, el uso de la imagen como documento histórico*, Madrid, Crítica, 2001, 78.

Aunque esta interpretación histórica, hoy sabemos, no se ajusta a los verdaderos procesos desarrollados entre los siglos XVI y XIX en Chile, y apele a una imagen estigmatizada de, en este caso, el pueblo mapuche, sus objetivos son logrados a cabalidad, pues quien formula esta proposición visual “apela a prejuicios ya existentes en la sociedad, al mismo tiempo que los refuerza”²⁵.

En este caso, se está apelando a la idea del mapuche guerrero, a la imagen de Lautaro, el estratega mapuche que logra doblegar y vencer tácticamente a sus invasores, dando muerte al conquistador. Así, los “araucanos” representarían al pueblo originario de este territorio, los ancestros o “padres” del pueblo chileno, que lucha, resiste y vence a los conquistadores extranjeros.

Por cierto que la amenaza exterior ya no son los conquistadores españoles. Dicha amenaza ahora, es el marxismo. Pero esta nueva amenaza debe ser combatida y resistida igualmente y con el mismo valor y firmeza, es decir, como se hizo aquel 11 de septiembre. Señalemos, por ejemplo, que ya el 15 de septiembre de 1973, en la Proclama de la Junta, se había afirmado: “Hoy nace un Chile nuevo, en que no hay perdedores ni vencidos. La patria se ha liberado de los malos chilenos que, fanatizados por la prédica de mercenarios extranjeros, puestos al servicio del marxismo internacional, pretendían hacer de Chile un país de esclavos”²⁶.

²⁵*Ibid.*, 170.

²⁶*Ercilla* N° 1.991, “El pensamiento de la Junta”, Santiago, 26 de septiembre de 1973.

De esta manera, el marxismo es considerado un “cáncer” que pretendía conquistar y subyugar a la patria, a la “chilenidad”, de la que por supuesto el gobierno militar es fiel representante. En este sentido, “los militares han venido a salvar el enfermo. (...) Para justificar tanta represión ésta se concibe como una operación depuradora y de limpieza con el fin de acabar con la infección mortal”. Así, “al desintoxicar al pueblo de las ideologías foráneas volverá su chilenidad pura”²⁷.

Augusto Pinochet señalaba un año después de la emisión de estas estampillas que “quienes pretenden doblegarnos con presiones o amenazas foráneas, se equivocan rotundamente, y sólo verán crecer una cohesión interna que siempre se agiganta frente a la adversidad”²⁸.

En 1977, en el célebre discurso pronunciado por el general Pinochet en Chacarillas, se ponía en claro nuevamente que el 11 de septiembre se apeló “al temple de nuestra raza y la fibra de nuestra nacionalidad para defender la dignidad o la soberanía de nuestra patria (...) porque son valores morales que se anidan en el alma misma de la chilenidad”²⁹.

Aquel temple de nuestra raza está representado entonces, en la imagen de “Arauco nunca sometido”, en la imagen de un pueblo que resiste contra el enemigo y conquistador externo de manera heroica, y de quienes el gobierno militar es el heredero.

²⁷Vitale, *Op. Cit.*, 13 - 16.

²⁸*Discurso del General Augusto Pinochet en Cerro Chacarillas con ocasión del Día de la Juventud el 9 de julio de 1977*, en www.archivochile.com/Dictadura_militar/doc_jm.../DMdocjm0003.pdf (consultado en agosto 2011).

²⁹*Ibidem*.

La segunda estampilla de la serie nos representa a cabalidad esta idea de libertad. Esta es una libertad “chilena”, ya que no ha sido representada con palomas, antorchas u otros símbolos que asocian la libertad con la paz. Se nos muestra al cóndor (símbolo patrio presente en el escudo nacional) rompiendo las cadenas que limitaban su libertad e impedían su vuelo.

Por lo demás, esta es una libertad lograda recientemente (hace sólo tres años para ser precisos) ya que el cóndor aún carga (en su pico y patas) los restos de las cadenas que le impedían alzar el vuelo que ahora toma. Chile aún carga con restos de evidencia de su opresión. El cóndor, que representa de esta manera a Chile mismo, ha roto recientemente las cadenas y logra su libertad desplegando sus alas en un amplio vuelo.

La tercera estampilla de la serie nos presenta dos significados simbólicos relacionados. Para comprenderlos a cabalidad debemos considerar que, como una tradición occidental de muy larga data, “ciertos conceptos abstractos han sido representados por medio de la personificación. Las figuras de la justicia, la victoria, la libertad, etcétera, suelen ser femeninas”³⁰.

El 11 de septiembre, como nos señala la estampilla, es entonces una victoria de la patria, de Chile mismo. No es un hito conflictivo o controvertido, no representa un quiebre político ni institucional,

³⁰Burke, *Op. Cit.*, 78.

no hay nada negativo en él. Por lo demás cómo podría haberlo, si es una Victoria, un logro de Chile, que logró su libertad, combatiendo contra la amenaza o el cáncer que lo acosaba desde el exterior, el marxismo. El 11 de septiembre de 1973 Chile ha ganado, Chile es un país vencedor, un país que “renace”.

Pero esta victoria está asociada, nuevamente, al concepto de libertad. Este concepto está señalado por dos factores. Primero, esta personificación de la victoria alza sus brazos al cielo, enseñando sus muñecas, para indicar que no poseen cadenas que la aprisionen. Segundo, otro factor que fortalece la idea de libertad es el hecho que presente sus pechos descubiertos, al igual que el famoso cuadro de Eugene Delacroix *“La libertad conduciendo al pueblo”*, que es una de las imágenes más famosas y difundidas de la libertad en las obras pictóricas.

Para comprender el grado o valor de este “renacer de la patria”, es necesario recordar nuevamente las palabras del general Pinochet, quien se encargó eficazmente de despejar las dudas acerca de qué significa o cuál es el alcance de este “renacer”. En sus palabras:

“Para un adecuado enfoque de este problema, es conveniente reiterar, una vez más, que el 11 de septiembre no significó sólo el derrocamiento de un gobierno ilegítimo y fracasado, sino que representó el término de un régimen político-institucional definitivamente agotado, y el consiguiente imperativo de construir uno nuevo. No se trata de una tarea de mera restaura-

ción, sino de una obra eminentemente creadora, sin prejuicio de que dicha creación, para ser fecunda, debe enraizarse en los signos profundos de nuestra auténtica y mejor tradición nacional”³¹.

Estamos en presencia, por lo tanto, de una obra de creación de un nuevo sistema político-institucional, llevado a cabo por el gobierno militar, y que se está fundando en los verdaderos valores de nuestra “chilenidad”, que ellos representan, y librándonos de las ideologías externas a nuestra tradición auténtica.

De esta manera, la trilogía de conceptos y significados entregados por esta serie de estampillas está referida a: a) La resistencia y victoria del pueblo chileno frente a la amenaza y conquista externa (el marxismo); b) La reciente libertad que el país ha ganado por aquella resistencia (el 11 de septiembre de 1973); y c) Aquella libertad constituye una victoria, que consolida y fortalece la libertad del país, que renace, que es “refundado” (a raíz del “acto liberador” del 11 de septiembre de 1973, Chile es ahora un país vencedor).

Esta trilogía discursiva, o de significados, tuvo su complemento un año después, al celebrarse el cuarto aniversario del 11 de septiembre, y en el cual nos detenemos ahora. Las estampillas que analizaremos a continuación conforman la serie titulada *Cuarto Aniversario del Gobierno Militar*.

³¹ *Discurso del General Augusto Pinochet en Cerro Chacarillas con ocasión del Día de la Juventud el 9 de julio de 1977*, en www.archivochile.com/Dictadura_militar/doc_jm.../DMdocjm0003.pdf (consultado en agosto de 2011).

La fecha emisión de esta serie, segunda conmemoración postal del 11 de septiembre de parte del Gobierno de las Fuerzas Armadas, correspondió al 13 de septiembre de 1977. La tirada total de esta serie ascendió a 2.359.900 estampillas, poniéndose en circulación 589.975 sellos de cada tipo.

Las dimensiones corresponden a 31 x 44 mm. (De las estampillas con el escudo del Ejército y Armada) y a 44 x 31mm. (De las estampillas con el escudo de la Fuerza Aérea y Carabineros de Chile).



Estas estampillas, emitidas con ocasión del cuarto aniversario del ascenso al poder de las Fuerzas Armadas, nos presentan un ejemplo

claro e ilustrativo de que sobre un hecho en particular, en este caso el golpe de Estado de 1973, es posible emitir más de un juicio, muchas veces contradictorio, o por lo menos, diferente de otro establecido anteriormente.

Al recordar la manera con que fue conmemorado el tercer aniversario del 11 de septiembre en las tres estampillas analizadas anteriormente, vemos que el discurso ha sufrido modificaciones sustanciales. Sin embargo, el emisor del mensaje sigue siendo el mismo (las Fuerzas Armadas como Gobierno), por lo que estas nuevas estampillas no deben considerarse como una contradicción respecto del mensaje emitido un año atrás, sino más bien como un complemento.

Si la serie anterior apuntaba al valor propio del pueblo chileno para defenderse, aguantar y triunfar en su lucha contra la amenaza exterior que representaba el marxismo, consiguiendo así una victoria que fortalecía su libertad, esta serie presenta por objetivo el señalar que, efectivamente, aquella victoria fue positiva, fue “para el bien” de Chile y su sociedad. La sociedad chilena está ahora, principalmente sus grupos más vulnerables, protegida por el gobierno instaurado desde 1973.

Existe en estos sellos la manifiesta intención de establecer una relación entre cada una de las ramas de las Fuerzas Armadas y los grupos sociales más frágiles y vulnerables, y que por lo mismo, son los que más sentimientos paternalistas hacen surgir y aflorar en el resto de la sociedad.

Así, es el Ejército el que ampara a las madres de Chile, la Fuerza Aérea protege y cuida de nuestros ancianos, Carabineros está protegiendo a los niños que juegan, mientras que la Armada ofrece protección a los “niños limitados”. Señalemos, para tener en cuenta, que en tres de los cuatro sellos está la palabra “protección”.

Así, y complementando con la serie anterior, una vez conseguida la victoria sobre la amenaza externa y fortalecida nuestra libertad, el gobierno no ha dejado a la sociedad sola, sin protección, y se encuentra velando por la seguridad de todos, especialmente de los más débiles.

Nuevamente, quién puede dudar de lo positivo y beneficioso que fue el “acto libertario” del 11 de septiembre, si salimos victoriosos de una guerra contra un enemigo externo, ajeno a nuestra “chilenidad”, conseguimos la libertad por ello y tenemos un gobierno que nos protege y vela por nuestra seguridad.

Después del año 1977, el 11 de septiembre no fue conmemorado con alguna emisión postal hasta 1980, para el séptimo aniversario del gobierno militar, emisión que pasamos a revisar ahora.

La estampilla que vemos en la imagen es el único sello que compone la serie *Séptimo Aniversario del Gobierno Militar*, puesta en circulación el 11 de septiembre de 1980.

La tirada de esta estampilla correspondió a 1.000.000 de sellos emitidos, mientras que sus dimensiones equivalen a 48 x 36 mm.



En esta estampilla nuevamente se recurre al cóndor como la simbolización del país. Debemos entender del mensaje visual formulado que es Chile, el país, quien se encuentra en el umbral del futuro, que se acerca a él. Es más, Chile se va volando, con sus alas bien extendidas, para alcanzar el futuro.

Debemos señalar que si en este momento Chile se acerca al futuro es porque, obviamente, está dejando atrás el pasado. El pasado de Chile, hacia 1980, son los graves conflictos políticos, la deteriorada economía nacional, la tensión y polarización social, etcétera. El panorama del país ahora, en consecuencia, es distinto. Chile ha abierto sus alas, y vuela acelerada y decididamente en libertad (recordemos que el cóndor ya rompió las cadena que lo tenían prisionero) hacia el futuro, hacia el progreso.

Señalemos además que para comprender el optimismo tan manifiesto de este discurso, debemos situarnos en el momento histórico particular en que fue emitido.

La economía chilena, desde el año 1977 había experimentado una relativa expansión, basada en la política de *shock*, iniciada desde 1975

con el “Plan de Recuperación Económica” a manos de los economistas “Chicago Boys”. Ayudaron a este hecho las nuevas exportaciones no tradicionales y el desarrollo del área especulativa financiera. El optimismo, en consecuencia, se respiraba en el ambiente³².

Sin extendernos más en el tema recordemos las declaraciones del General Pinochet y el Ministro del Trabajo José Piñera, quienes en agosto de 1980 señalaban: “uno de cada siete chilenos tendrá un automóvil dentro de cinco años (...) crearemos un millón de ocupaciones (...) construiremos 900.000 viviendas (...) en diez años más, superaremos el promedio de ingreso per cápita mundial... habremos transformado a Chile de un país destruido en un país desarrollado”³³.

De esta manera, a juzgar por las declaraciones del gobierno y sin esperar la crisis económica que vendría luego (1982), había motivos suficientes para ser optimista y declarar que Chile se encontraba, efectivamente, en “el umbral del futuro”.

La serie titulada *Octavo Aniversario del Gobierno Militar*, está formada sólo por un sello, que vemos en la imagen. Su emisión fue el 11 de septiembre de 1981.

De este tipo de estampilla se emitieron 1.000.000 de ejemplares, y sus dimensiones son de 64 x 24 mm.

³²Vitale, *Op. Cit.*, 255.

³³*Op. Cit.*, 257.



Como primer elemento de significado de esta estampilla, debemos referirnos a la propia Casa de Moneda, a lo que este edificio significa y representa para nuestro país.

Diseñado por el arquitecto italiano Joaquín Toesca, e inaugurado en 1805 por el gobernador Luis Muñoz de Guzmán, cuando aún le faltaban algunas terminaciones, este edificio, de nombre Real Casa de Moneda de Santiago de Chile, fue considerado en su tiempo como “uno de los mejores y más armoniosos edificios civiles de la América Colonial”³⁴.

En la actualidad este edificio es conocido y nombrado como el “Palacio de Gobierno”, puesto que desde 1846, durante la administración del presidente Manuel Bulnes, se determinó trasladar a dicho edificio la residencia de los presidentes, las oficinas de la Presidencia y algunos Ministerios³⁵.

En definitiva, para prácticamente todas las personas de nuestro país, este edificio simboliza (antes que cualquier otra cosa) la Presidencia de Chile, es la “casa de los presidentes” y del gobierno.

³⁴En <http://www.auroradechile.cl/newtenberg/681/article-2380.html>. (consultado en noviembre de 2005).

³⁵En <http://www.auroradechile.cl/newtenberg/681/article-2380.html>. (consultado en noviembre de 2005).

En este sentido, resulta por lo menos llamativo el hecho de que el gobierno militar tardara ocho años en relacionar su propia gestión con el edificio o la sede tradicional de los gobiernos chilenos. Es ésta la primera emisión postal que relaciona el gobierno de las Fuerzas Armadas con la Casa de Moneda de Chile.

El gobierno de las Fuerzas Armadas, a esta fecha, ya había puesto en circulación ocho tipos de estampillas distintas conmemorando el golpe de Estado de 1973, en tres series diferentes. Sin embargo, en ninguno de aquellos sellos existe alguna alusión a este símbolo de gobierno. Cabe preguntarse entonces ¿Por qué, para este octavo aniversario del golpe se decide recurrir precisamente a este icono?

La respuesta a esta interrogante, igual que para casos anteriores, deberemos buscarla en el mismo año de la emisión postal que ahora nos ocupa, en su contexto inmediato.

Debemos recordar que, de todas las operaciones militares del 11 de septiembre, el bombardeo de la Casa de Moneda es, por mucho, la más significativa, y determinó, entre otras cosas, el suicidio de Salvador Allende. Sin arriesgar mucho podemos apostar que el bombardeo e incendio posterior de la Casa de Moneda es una de las imágenes más vista y recordada de la historia chilena del siglo XX, tanto en fotografías como por las imágenes de la televisión.

Especulando, podríamos señalar que tal vez hubiera resultado contradictorio para la opinión pública el conmemorar el 11 de septiembre

y el gobierno militar con la imagen del mismo edificio que debieron bombardear y destruir para asumir el poder. En cierto sentido, quizás se pensó que la memoria colectiva se encontraba aún muy “fresca”, y si no era éste el caso, el mismo edificio aún estaba en condiciones de refrescarla.

Pero el estado de las cosas para 1981 era ya muy diferente. A la bonanza económica que se estaba desarrollando, a la cual ya hicimos alusión, hay que agregar que es éste un momento particularmente triunfal y exitoso para el gobierno en materia político-institucional.

El 11 de septiembre de 1980, con un 67,6% de aprobación, fue aceptada por parte de la ciudadanía, la nueva Constitución Política del Estado anunciada años antes en el célebre discurso de Augusto Pinochet del 9 de junio de 1977. Esta nueva carta fundamental comenzaría a regir el 11 de marzo de 1981, señalando el inicio del camino institucional trazado por el gobierno para el proceso político chileno de retorno a un régimen democrático. El plebiscito, aunque no lo señalaba expresamente, significaba la ratificación del general Pinochet como Presidente de Chile, por lo menos, por nuevos ocho años³⁶.

Entre tanto, la Casa de Moneda, destruida durante el golpe de 1973, había sido ya reconstruida y restaurada durante largos años, cuyos trabajos finalizaron en 1981.

³⁶San Francisco, Alejandro y Ángel Soto, “El gobierno del General Augusto Pinochet en Chile (1973- 1990)”, en <http://biblioteca.uandes.cl/documentos/DesplegarTesis.asp?nombre=C:/www/biblioteca/documentos/ASoto.xml> (Agosto 2005).

El gobierno militar, ratificado ahora mediante una votación popular, decide celebrar su consolidación post plebiscito con el retorno del gobierno al tradicional palacio de los presidentes de Chile³⁷.

Es en este contexto, entonces, donde toma sentido esta manera de conmemorar el 11 de septiembre en este momento en particular. Debemos recordar, que hasta aquel momento la sede del gobierno había sido el rebautizado edificio “Diego Portales”, antiguo edificio de la UNCTAD III, construido por y durante el gobierno de Salvador Allende.

En consecuencia, ilustrar visualmente la conmemoración del ascenso al poder de las Fuerzas Armadas mediante un edificio que estaba, efectivamente, ante los ojos de todos destruido, y que tampoco era en la práctica, la sede del gobierno, no resulta a los ojos de nadie, una opción lógica y efectiva en materia comunicacional o discursiva.

Por lo demás, la que sí era la sede del gobierno militar no podía ser presentada como “imagen” del gobierno, pues todos sabían quién lo había construido, cuándo y con qué objeto. Sin contar el hecho que aquel edificio ya había estado presente anteriormente en emisiones postales durante gobierno de la Unidad Popular.

Sin embargo, ahora, para el año 1981, La Moneda se presenta nuevamente imponente, con la bandera chilena destacando desde lo

³⁷*La Tercera*, “El lugar de Pinochet en la historia. Una interpretación política de la experiencia autoritaria. 1973 – 1990”, Santiago, 12 de septiembre de 1999.

alto. Se le ve impecable, como si nunca hubiera sido objeto de ataque alguno, y nuevamente es símbolo de Chile y su gobierno, ahora apoyado popularmente, expresando la chilenidad y su tradición democrática.

El hecho que se destaque la bandera nacional, ubicada en lo alto y al centro de la composición no es un factor menor, ya que lo que constituye la esencia de este símbolo es menos su forma que “el hecho que ésta se coloque en lo alto de una pértiga o asta, pues de este hecho deriva el simbolismo general de la bandera, como signo de victoria y autoafirmación”³⁸.

El noveno aniversario del golpe de Estado también fue conmemorado con una emisión postal. Esta serie titulada *Noveno Aniversario del Gobierno Militar*, estaba conformada por la única estampilla que vemos en la imagen.



Su fecha de emisión fue el 11 de septiembre de 1982. Sus dimensiones alcanzan a 60 x 24 mm., mientras que su tirada corresponde a 1.000.000 de sellos puestos en circulación.

³⁸Cirlot, Juan. *Diccionario de símbolos*, Madrid, Ediciones Siruela, 2003, 106.

Nuevamente en esta estampilla nos encontramos con el discurso de la “Liberación Nacional”. En estos sellos se establece una trilogía de significados entre Chile (la bandera), la Libertad (la llama de fuego) y el 11 de septiembre de 1973.

La llama de fuego, que podemos asociar a una antorcha fue incorporada, principalmente durante el siglo XIX, al símbolo de la libertad, a raíz por ejemplo de la conocida Estatua de la Libertad, inaugurada en 1886, que posee el sentido que es la libertad la que ilumina al mundo³⁹. Las antorchas de fuego, además, “se identifican con el sol y constituyen un símbolo de purificación por la iluminación (...) y así es un emblema de verdad”⁴⁰.

En consecuencia, podemos advertir que uno de los logros que más intenta destacar el gobierno de las Fuerzas Armadas es haber “liberado” a Chile, el haber traído de regreso la libertad a nuestro país. ¿Liberado de qué? Del marxismo por supuesto, aquella amenaza externa que ya hemos comentado y de cuya resistencia y lucha fue mostrado como símbolo el pueblo mapuche. Chile se ha sanado y “purificado” de la enfermedad que lo aquejaba: el cáncer marxista.

Debemos considerar, como señalamos anteriormente, que el emitir un juicio de estas características respecto del 11 de septiembre de 1973 (donde se habría instaurado esta libertad de la que ahora goza el país)

³⁹Burke, *Op. Cit.*, 79- 80.

⁴⁰Cirlot, *Op. Cit.*, 86-87.

significa ineludiblemente caracterizar el período inmediatamente anterior, para darle sentido y coherencia al juicio emitido.

De esta manera, por oposición, si el 11 de septiembre de 1973 corresponde al episodio donde se instala el gobierno libertario de las Fuerzas Armadas, el de la Unidad Popular corresponde al gobierno donde el país se encontraba prisionero. Así, señalar que ya van nueve años de la “liberación nacional” del 11 de septiembre equivaldría a señalar que hace nueve años nuestra sociedad estaba prisionera, nuestro país estaba preso del marxismo internacional. Señalamos “marxismo internacional” pues ésta es una “liberación nacional”. Es la nación entera la que ha combatido al marxismo y que ha salido victoriosa de esta lucha.

El décimo aniversario del 11 de septiembre fue conmemorado dos veces en emisiones postales. Para el año 1983 se pusieron en circulación cuatro estampillas que conformaban la serie *10° Aniversario del Gobierno Militar*, y para el año siguiente, 1984, fueron emitidos nuevamente los dos primeros sellos de la serie en condición de sobrecargados, con distinto valor de franqueo, pero conservando su motivo.



Estos cuatro primeros sellos fueron emitidos el 29 de agosto de 1983 y sus dimensiones equivalen a 60 x 24 mm.

La tirada de la serie alcanzó las 2.500.000 estampillas, emitiéndose 1.000.000 de ejemplares del primer tipo (cadenas rotas) y 500.000 de cada una de las tres restantes. Los sellos sobrecargados fueron emitidos el 11 de junio de 1984. Su tirada fue de 834.000 estampillas. De éstas, 556.000 corresponden al primer tipo (cadenas rotas) y 278.000 al segundo (bandera).

Respecto del discurso de las estampillas que conforman esta serie, vemos que el gobierno militar, para conmemorar el 11 de septiembre, vuelve a recurrir y utilizar principalmente los conceptos de libertad y de victoria.

En este aspecto, la imagen visual más clara es la presente en el primer sello de la serie, que al igual que en la tercera estampilla de la serie emitida con motivo del tercer aniversario del 11 de septiembre, fusiona en una sola imagen ambos conceptos. La mujer alada representa simbólicamente a la victoria, pero ésta es una victoria que ha roto las cadenas (hecho que antes había sido ilustrado con el cóndor), que se ha liberado. A diferencia de la mujer alada anterior, ésta tiene los pechos cubiertos con su ropa, pero la idea de libertad es compensada (y hasta fortalecida) con las cadenas rotas de sus muñecas, y por supuesto con el texto de anclaje.

La segunda estampilla nos presenta cómo los jóvenes, pues es una

pareja sin niños que puedan representar sus hijos, disfrutan de esta libertad. Tienen a Chile en sus manos, por su puesto que es el hombre el que lo sostiene, y el que va más adelantado, guiando los pasos de ambos. La actitud corporal de ambos, estableciendo un eje levemente diagonal, señala la idea de movimiento. Ellos no están ahí parados, estáticos. Al contrario, se encuentran avanzando hacia el futuro. La bandera extendida ayuda a fortalecer esta idea, pues de lo contrario no estaría extendida.

El hombre, la mujer y la niña de la tercera estampilla representan obviamente a la familia chilena, la que (nuevamente guiada y encabezada por el hombre, que sostiene la antorcha y dirige la marcha) también avanza hacia delante, disfrutando de la libertad que los ilumina. Nuevamente la idea de movimiento está determinada por el eje diagonal establecido por los cuerpos, principalmente el del hombre y la mujer, y por el fuego de la antorcha.

El escudo nacional de la cuarta estampilla refuerza la idea, al mostrar el escudo de Chile, que ésta es una libertad, o fue una liberación, de carácter nacional. Fue Chile mismo quien venció, se liberó y disfruta de la luz que esto le significó.

Finalmente, el texto de anclaje nos recuerda que toda esta libertad, gracias a la cual avanzamos ahora hacia delante, no es una realidad surgida natural o espontáneamente, sino fruto y consecuencia de la victoria lograda con el golpe militar del 11 de septiembre de 1973.

Un año después de esta emisión, para 1984, el gobierno militar pondría en circulación su última conmemoración del golpe de Estado.

La serie “*Undécimo Aniversario de Gobierno Militar*” constó sólo de un sello, y fue puesta en circulación el 11 de septiembre de 1984, emitiéndose 750.000 sellos. Sus dimensiones son de 60 x 24 mm.



Tanto por la antorcha, de enormes proporciones en virtud de la relación de tamaños que podemos hacer al comparar el jinete que la acompaña, como por el texto de anclaje, es claro que esta estampilla vuelve al concepto de la libertad obtenida desde el 11 de septiembre de 1973. En virtud de lo explícito de la imagen y por la reiterada utilización del concepto, no insistiremos más en aquello.

Sobre lo que sí debemos reparar es en la imagen del jinete, Bernardo O'Higgins. Como ya señalamos, el presentar a una persona con uniforme representa el equivalente moderno de la armadura, en este caso de guerra o combate, además del hecho de estar sobre un caballo, en una actitud corporal determinada, dan a este personaje la embestidura de un líder.

Él va a combatir, pero es quien dirige la batalla. El caballo levanta sus patas delanteras y se prepara para arremeter furioso, sin

embargo, el jinete dirige su cabeza hacia atrás, como mirando y alentando a sus tropas y dirigidos. Debemos considerar, como señala Peter Burke, que “las imágenes de combate constituyen una forma muy vívida de propaganda, pues dan la oportunidad de retratar al general de un modo heroico”⁴¹.

Ahora, si bien en esta estampilla no hay presente ninguna escena de combate propiamente tal, sí hay una persona lista para él, y es un líder valiente que está arengando a sus soldados. No debemos olvidar que la batalla de Rancagua, episodio representado en esta imagen, es recordado y mencionado comúnmente en la historiografía más tradicional como uno de los episodios donde más se da cuenta del valor de O’Higgins quien, en inferioridad numérica frente a sus enemigos y en un acto de extremo coraje y valentía, logró guiar y escapar con sus tropas, salvándolas así de un desastre mayor.

Lo que podemos concluir desde este sello, es que la liberación nacional que representó el golpe de Estado de 1973, así como estos once años de libertad, son fruto de la acción de algún líder que dirigió correcta y valerosamente a sus soldados. Señalemos que la estampilla no establece explícitamente la relación, pero aquel líder extrañamente no puede ser otro que el General Augusto Pinochet.

De esta forma concluyen las emisiones postales del gobierno de las Fuerzas Armadas que conmemoran el golpe de Estado de

⁴¹Burke, *Op. Cit.*, 186.

1973. Parece prudente, para organizar nuestro análisis, señalar algunas ideas centrales otorgadas por las series recién presentadas.

Sin lugar a dudas, las ideas centrales otorgadas por estas estampillas dicen relación con los conceptos de victoria, libertad y progreso.

La victoria fue conseguida el 11 de septiembre de 1973. Fue una victoria, al igual que en los años de lucha del “indomable pueblo mapuche”, frente a una amenaza externa, el marxismo, que se presentaba como un cáncer que estaba contaminando los principios y tradiciones propias del pueblo chileno.

La libertad es la condición en la que hemos vivido desde aquella victoria. Es la consecuencia de ella. Es esta una libertad en la que estamos protegidos por el gobierno, quien vela por la seguridad de la sociedad. El progreso es lo que estamos consiguiendo, hacia donde vamos volando desde la victoria y en condición de pueblo libre, dejando atrás el subdesarrollo y el atraso.

En oposición, los conceptos claves que emergen hacia el periodo anterior al 11 de septiembre de 1973, guardan relación con las condiciones contrarias a las anteriores. Si el 11 de septiembre fue conseguida una victoria es porque antes estábamos a las puertas de una derrota, a un paso de infectarnos total y mortalmente por el cáncer marxista. Si lo que logramos es la libertad, es porque estuvimos prisioneros de ideologías foráneas y falsas, “extranjerizantes”. Y si es hacia el progreso hacia donde volamos ahora, es porque

antes nos estábamos hundiendo y consolidando en el atraso y el subdesarrollo.

De cualquier manera, éste es un tema abierto a nuevas investigaciones, el que una vez superadas las dudas e interrogantes que lo acompañan, tal vez pueda ser una fuente importante (extraña, curiosa y atractiva) de información para completar esta historia.

Bibliografía.

a) Corpus documental:

Todas las imágenes de sellos postales presentados en este trabajo fueron obtenidas de: www.chilecollector.com

auroradechile.cl/newtenberg/681/article-2380.html (consultado en noviembre de 2005).

Revista *Ercilla* N° 1.991, “El pensamiento de la Junta”, Santiago, 26 de septiembre de 1973.

La Tercera, “El lugar de Pinochet en la historia. Una interpretación política de la experiencia autoritaria. 1973-1990”, Santiago, 12 de septiembre de 1999.

b) Libros y artículos:

Burke, Peter (ed.). *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, 2003.

Burke, Peter. *Visto y no visto, el uso de la imagen como documento histórico*, Madrid, Crítica, 2001.

Cirlot, Juan. *Diccionario de símbolos*, Madrid, Ediciones Siruela, 2003.

Colle, Raymond. *Iniciación al lenguaje de la imagen*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1998.

Discurso del General Augusto Pinochet en Cerro Chacarillas con ocasión del Día de la Juventud el 9 de julio de 1977, en: www.archivochile.com/Dictadura_militar/doc_jm.../DMdocjm0003.pdf (consultado en agosto de 2011).

Dondis, Donis. *La sintaxis de la imagen. Introducción al alfabeto visual*. Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1976.

Gombrich, Ernst. *La imagen y el ojo. Nuevos estudios sobre la psicología de la representación pictórica*, Madrid, Alianza Editorial, 1991.

Gubern, Román. *La mirada opulenta. Exploración de la iconósfera contemporánea*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1987.

León, Marco A. y Aránguiz, Horacio. *Cartas a Manuel Montt: un registro para la historia social y política de Chile. (1836-1869)*, Santiago, DIBAM, 2001.

Metz, Christian. “Más allá de la analogía, la imagen”. En Metz, Christian y otros. *Análisis de las imágenes*, Barcelona, Ediciones Buenos Aires, 1970.

San Francisco, Alejandro y Soto, Ángel. “El gobierno del General Augusto Pinochet en Chile (1973 – 1990)”, en: <http://biblioteca.uandes.cl/documentos/DesplegarTesis.asp?nombre=C:/www/biblioteca/documentos/ASoto.xml> (consultado en agosto de 2005).

Uribe, Armando y Opazo, Chirstián. *Intervención norteamericana en Chile (dos textos claves)*, Santiago, Sudamericana, 2001.

Vitale, Luis (et. all.). *Para recuperar la memoria histórica. Frei, Allende y Pinochet*, Santiago, Cesoc, 1999.